

1 el desorden global

Cuba

Fidel y el internacionalismo

Roberto Montoya

La muerte de Fidel Castro coincide con un periodo de fuerte recuperación de la derecha neoliberal en América Latina, con una aguda ralentización de ese proyecto integrador y solidario, de esa defensa de la soberanía, de la lucha por la segunda independencia que se expandió por numerosos países de esa inmensa región de 500 millones de habitantes desde inicios del siglo XXI. Pareciera todo un símbolo esa coincidencia.

La Cuba revolucionaria fue sin duda la que impregnó su espíritu y práctica internacionalista de décadas a los nuevos gobiernos progresistas que surgieron en la zona a partir del triunfo de Hugo Chávez en Venezuela en 1998 y que en este último periodo ha sufrido una profunda involución y una recuperación acelerada de la derecha. Las grandes limitaciones y profundos errores de esos gobiernos progresistas, junto al triunfo de Donald Trump, presagian una agudización aún mayor de esa tendencia, revirtiendo el auge de los movimientos sociales y gobiernos progresistas de dos décadas atrás.

En pleno “periodo especial”, en aquellos durísimos años 90 que tuvo que soportar Cuba tras el desmembramiento de la Unión Soviética y la caída como efecto dominó de los regímenes burocráticos de los países de la Europa del Este, Fidel, Raúl y otros dirigentes cubanos comprobaron que algo comenzaba a moverse en la región a pesar del reinado del Consenso de Washington y la hegemonía de gobiernos ultraliberales, corruptos y autoritarios que proliferaban, los de los Menem, Fujimori, Salinas de Gortari y otros.

La potencia del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, de los cocaleros en Bolivia, del levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994 —coincidiendo con la entrada en vigor del NAFTA, el tratado de libre comercio entre México, EE UU y Canadá— y otros movimientos, mostraba que algo importante se movía por debajo. Y ese año 1994 fue también cuando tuvo lugar el primer

“Cuba volvió después de muchos años a recuperar protagonismo en América Latina.”

encuentro entre Fidel Castro y Hugo Chávez, un encuentro que con los años fructificaría. Fidel había seguido con mucho interés la aparición en escena del joven teniente coronel, nacionalista y antiimperialista, que con un puñado de jóvenes oficiales había encabezado un intento de golpe de Estado contra el corrupto y autoritario gobierno

del “socialdemócrata” Carlos Andrés Pérez.

Poco después de salir de la cárcel en 1994 Hugo Chávez fue invitado a Cuba a impartir una conferencia sobre Simón Bolívar en la Casa Bolívar, en La Habana Vieja. Era su primer viaje a la isla. “Yo estaba convencido de que no vería a Fidel”, decía años después Chávez. “La visita, además, era por muy poco tiempo: apenas un solo día. Llegábamos en la noche de un martes y regresábamos en la mañana del jueves. Me imaginaba que el Presidente estaría muy ocupado y me decía a mí mismo: ‘si no me reciben ni los líderes uruguayos, que no son jefes de Estado todavía; si me sacan el cuerpo los del Partido Comunista de Venezuela, que ni siquiera me dan la palabra en sus reuniones, ¿por qué Fidel tendría que dedicarme una parte de su precioso tiempo?’” (Elizalde y Báez, 2005).

Chávez nunca hubiera imaginado que tras aterrizar en el aeropuerto de La Habana caminaría sobre una alfombra roja y sería conducido a una sala donde lo esperaba nada menos que el mismísimo Fidel Castro. Años después recordaba que el líder cubano lo “acribilló” a preguntas. Quería saber todo sobre él y sobre Venezuela, por qué había fracasado allí la guerrilla y cómo veía al resto de América Latina. Ambos líderes no se separarían más desde aquel momento. Chávez siempre se consideró un “discípulo” de Fidel. Este sin duda influyó de forma decisiva en los valores ideológicos y políticos de Chávez y le contagió el espíritu internacionalista que siempre caracterizó a la Revolución cubana.

Mucho cinismo tienen aquellos que hoy sostienen que Fidel se aferró a Chávez porque era la única tabla de salvación económica para la isla. Contra todos los que pronosticaban que Cuba caería también como una ficha de dominó al igual que los países del Este europeo, la isla resistió altiva, con dignidad.

Solo cuatro años después de aquel encuentro Hugo Chávez triunfaba en las urnas por una mayoría aplastante. Con él empezaba un cambio no solo en Venezuela sino en toda América Latina y el Caribe. Chávez no sólo utilizó los suculentos ingresos que Venezuela recibía de la venta de petróleo —el país los tenía desde hacía décadas— para lanzar sus macrorreformas en educación, vivienda social, sanidad, en redistribución de la riqueza, sino que por primera vez en la historia de la región se utilizaban los recursos energéticos como arma política para impulsar la integración.

Difícilmente se puede entender sin ese estímulo, ese apoyo, la explosión de los movimientos sociales, de campesinos, indígenas y trabajadores en general

que se produjo a partir de ese momento, y la llegada al poder de gobiernos progresistas en la mayoría de países de la zona. Nunca antes en América Latina y el Caribe habían coincidido en el poder simultáneamente tantos gobiernos de signo progresista.

A la venta a sus aliados de petróleo barato e inversiones de todo tipo Venezuela sumó su impulso decidido de organismos de integración regional como el ALBA, el Banco del Sur, la CELAC, Unasur y otros que intentaron fortalecer la soberanía de los países miembros y construir una alternativa a la histórica dependencia comercial, financiera y militar de EE UU y otras potencias. El “eje” Cuba-Venezuela permitió multiplicar a través de la “Operación Milagro” las operaciones gratuitas de la vista a cientos de miles de personas de bajos recursos de la región; Venezuela adoptó el programa de alfabetización cubano “Yo sí puedo” y se convirtió en pocos años en el segundo país libre de analfabetismo de toda América Latina —el primero fue Cuba—, al que le seguiría luego Bolivia.

La nueva situación política en la región permitió la reintegración de Cuba en ella. Por presión de EE UU había sido expulsada de la OEA en 1962. En una región que padeció decenas de dictaduras militares, Cuba fue la única en la historia de la OEA expulsada por “falta de democracia”. Siguiendo los dictados de Washington todos los países miembros de la OEA —salvo México— rompieron sus relaciones diplomáticas con Cuba. Pero Cuba volvió después de muchos años a recuperar protagonismo en América Latina, a ser oída y consultada, a ser propuesta nada menos que para negociar durante estos últimos cuatro años los históricos Acuerdos de Paz de Colombia.

Fidel pudo ver todo eso. Pudo vivir los impresionantes cambios que se produjeron en el subcontinente en las últimas seis décadas. A pesar de los enormes errores políticos, económicos y sociales cometidos, Cuba supo adaptarse a los cambios en el escenario político mundial y volvió a encontrar su espacio en América Latina a pesar de la hostilidad permanente de las diez administraciones que ya han pasado por la Casa Blanca, y la hostilidad de las oligarquías latinoamericanas.

De “faro” guerrillero a mediador de la paz en Colombia

No deja de ser paradójico que un gobierno de derecha, ultraliberal como el de Santos, quien fue ministro de Defensa de Uribe en los años más duros de la guerra sucia contra las FARC y el ELN, haya aceptado y agradecido a Cuba su papel clave en la organización de los acuerdos de paz en La Habana. El gobierno cubano, durante años acusado de ser un soporte esencial de buena parte de los movimientos guerrilleros de liberación en América Latina y África, se convirtió nada menos que en mediador de las negociaciones de paz entre la más antigua guerrilla latinoamericana y el gobierno presidido por quien fuera

uno de los mayores represores de ella. No es poco mérito para Cuba, no es poco el orgullo que pueden sentir los cubanos. En las décadas de los 60, 70 y 80 la pequeña y pobre isla caribeña acosada por EE UU logró lo que parecía imposible: “exportó” su espíritu revolucionario al mundo entero, un acontecimiento inédito e irrepetible.

Tras la muerte de Fidel se han leído en algunos medios columnas de opinión en las que se asegura que el “supuesto” internacionalismo solidario cubano no fue otra cosa que el pago de su gobierno a la URSS por la ayuda recibida. ¡Vaya cinismo! El internacionalismo de los principales líderes de la Revolución cubana se demostró desde el inicio, en el caso de algunos de ellos incluso antes del triunfo. Níco López y otros, exiliados en Guatemala tras el fracaso del asalto al cuartel de la Moncada, participaron activamente en la resistencia al golpe de la CIA de 1954 contra el reformista Jacobo Arbenz. Fue ese el momento en el que un comprometido médico que recorría América Latina en moto desde hacía años tomó contacto con los revolucionarios cubanos e hizo suya su causa para siempre. Todavía no era el Che, sólo Ernesto Guevara.

Desde los primeros años el Gobierno revolucionario tuvo claro su objetivo de ayudar a los movimientos de liberación del Tercer Mundo y especialmente a los de América Latina y el Caribe y de África. La gran mayoría de los partidos comunistas en Latinoamérica seguían entonces los dictados de la URSS y como ésta teorizaban la “revolución por etapas” con alianzas con sectores de la “burguesía nacional”. El Partido Socialista Popular, la franquicia soviética en Cuba, había visto en el Movimiento 26 de julio “un instrumento de la CIA” y recelaba de él, al igual que los comunistas latinoamericanos, que calificaban a los barbudos guerrilleros de Sierra Maestra como “aventureros pequeñoburgueses”.

El triunfo de la Revolución cubana supuso un terremoto para toda la izquierda en América Latina. En buena parte de los partidos comunistas se produjeron escisiones de sectores de su militancia que querían emular el ejemplo cubano y que junto con otros sectores de izquierda comenzaron a crear organizaciones político-militares a lo largo y ancho de toda la región. Fueron decenas las organizaciones guerrilleras que con mayor o menor éxito proliferaron desde los años 60, 70 y hasta los años 80, la mayoría de ellas centradas en la lucha en zonas rurales, adoptando la teoría del “foco”, como sucedió en México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Colombia, Venezuela, Perú, Paraguay, Bolivia. Otras desarrollaron prioritariamente la lucha armada en zonas urbanas, como en Argentina, Chile, Uruguay o Brasil.

Buena parte de los partidos comunistas nacionales terminaron entrando en crisis cuando el protagonismo partidario de la lucha de resistencia frontal contra las dictaduras militares que assolaban el subcontinente lo asumieron las organizaciones político militares de una nueva izquierda.

Prácticamente la totalidad de esas organizaciones revolucionarias mantenía relaciones de mayor o menor grado con Cuba; muchos de sus cuadros se

entrenaron en la isla, burlando el bloqueo estadounidense y los controles de las dictaduras latinoamericanas.

El Che personalmente, junto a varios combatientes cubanos, murió en 1967 luchando en Bolivia contra la dictadura de René Barrientos, y lo hizo sin lograr el apoyo esperado del Partido Comunista Boliviano. Esa traición restaría a las fuerzas del Che de un apoyo logístico fundamental para el éxito de semejante misión.

El sitio elegido para las operaciones de la guerrilla del Che, en la zona de Ñancahuazú, a 250 kilómetros de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, fue acordado previamente por el Che y sus hombres con Fidel en una reunión en Cuba en julio de 1966. El Che volvió a Cuba clandestinamente tras combatir en África, para evitar que su rastro pudiera ser detectado por la CIA. Fue allí también donde se despidió de sus hijos y de Fidel. Un año después moriría acribillado a balazos en una pequeña comisaría de la selva boliviana después de ser capturado vivo, malherido. Se eligió Ñancahuazú al ser un enclave especial, desde el cual se pretendía extender las acciones hacia los países limítrofes, Argentina, Chile, Perú, Brasil y Paraguay.

Dependencia e independencia de la URSS

A pesar de la dependencia comercial, económica y militar cada vez mayor que Cuba tenía del bloque soviético, el Gobierno desafió en muchos casos la política exterior de la URSS y marcó su propia agenda. El “uno, dos, cien Vietnam para vencer al imperialismo” del Che no era compartido por los burócratas soviéticos. “Ser internacionalista”, diría por su parte Fidel, “es saldar nuestra propia deuda con la humanidad. Quien no sea capaz de luchar por otros, no será nunca suficientemente capaz de luchar por sí mismo”.

Del 3 al 14 de enero de 1966 se celebró en La Habana la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, más conocida como la Tricontinental, en la que participaron representantes de gobiernos, movimientos sociales, partidos políticos y movimientos guerrilleros de 82 países de esos tres continentes. El enemigo común: el colonialismo y el imperialismo estadounidense; pero en la cumbre se vislumbraron claramente tres grandes bloques. En uno estaba la URSS y los países de su órbita, más la mayor parte de los partidos comunistas de Latinoamérica. En otro bloque se encontraban China, Indonesia, varios países africanos y unos pocos partidos comunistas latinoamericanos de tendencia maoísta. El tercer bloque lo lideraba Cuba, junto con Vietnam y el mayor número de movimientos de liberación armados de África y América Latina. El Partido Comunista de Venezuela de Douglas Bravo fue tal vez el único partido comunista latinoamericano agrupado en ese bloque. El Che Guevara hizo allí un importante discurso que se considera fue su verdadero testamento político. Moriría un año y nueve meses más tarde.

“... el gobierno desafió en muchos casos la política exterior de la URSS.”

El bloque encabezado por Cuba fue el único que ensalzó la lucha armada como vía indispensable para la liberación de los pueblos del Tercer Mundo en ese momento sojuzgados por dictaduras militares y el imperialismo. Tanto el bloque liderado por la URSS como el liderado por China se opusieron frontalmente. El bloque de Cuba fue entonces el único que respaldó abiertamente la lucha del Frente Nacional por la Liberación de Vietnam, el Vietcong, nacido seis años antes.

Cuba respaldó la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, sí, y también apoyó el envío masivo de tropas del Ejército Rojo a Afganistán en 1979 en auxilio del gobierno del intelectual comunista Nur Muhammad Taraki, cuyo intento de reformas radicales fue resistido violentamente por los líderes tribales tradicionales y sus milicias de “mujaidin”. Sin embargo, muy poco antes de esa intervención soviética en Afganistán, Fidel Castro había inaugurado en La Habana la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, un organismo internacional que pretendía paradójicamente romper la política de bloques y buscar una tercera vía.

Si en América Latina el internacionalismo de Cuba se canalizaba a través del apoyo material, asesoramiento y entrenamiento a combatientes de las organizaciones armadas, en África se hacía directamente con tropas y también con médicos y ayuda humanitaria. Cientos de miles de combatientes voluntarios cubanos fueron enviados a luchar contra el colonialismo europeo y contra las tropas del régimen racista y expansionista de Sudáfrica. Muchos profesionales y cargos públicos en Cuba recuerdan hoy día con orgullo el haber combatido cuando eran jóvenes a miles de kilómetros de distancia, en Argelia, en Angola, Guinea Bissau, en Congo Brazzaville, en Etiopía.

La intervención cubana en Angola fue la más masiva, se enviaron casi 400.000 soldados y personal civil, ingenieros, maestros, médicos, durante los 16 años que duró la guerra. Fidel decidió intervenir en 1975 sin hacer ningún tipo de consulta al Kremlin para apoyar al Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA) y frenar la ofensiva de las tropas sudafricanas y las tropas de Zaire (hoy República Democrática del Congo), dos ejércitos entrenados y armados por EE UU.

En 1974 se había producido la Revolución de los Claveles en Portugal contra la dictadura de Salazar, y con ella la independencia de sus colonias, pero en una de ellas, Angola, se desató una guerra civil entre el MPLA y el FNLA y UNITA, dos movimientos armados apoyados por Zaire, Sudáfrica y EE UU. La intervención cubana fue decisiva para la independencia de Angola y de Namibia y para la derrota militar de Zaire y de Sudáfrica, que un año después del fin de la guerra, en 1992, vivía el derrumbe de su régimen de “apartheid”. Cuba fue uno de los firmantes de los acuerdos de paz.

Potencia humanitaria

Una vez acabada la Guerra Fría, el internacionalismo cubano dejaría las armas en casa para ejercerlo en forma de ayuda y solidaridad humanitaria. “¿Cómo se convirtió Cuba en una potencia humanitaria?”, se preguntaba la BBC en su digital en 2014, y recordaba que sólo en África, desde 1963 hasta 2014 “76.744 colaboradores de la salud han tomado parte en misiones en 39 países de África”. “Actualmente —decía en 2014— hay 4.048 colaboradores en 32 naciones africanas, de los que 2.269 son médicos”. Y la BBC reproducía las explicaciones que daba el ministro de Exteriores cubano, Bruno Rodríguez, de por qué tanto esfuerzo por África: “A África nos unen lazos de sangre, cerca de un millón trescientos mil esclavos africanos fueron traídos a Cuba en medio de la trata negrera”.

Son decenas de miles los médicos, médicas y otro personal sanitario cubano presentes actualmente en misiones en 40 países, y han sido cientos las intervenciones humanitarias de auxilio ante terremotos, huracanes y otros desastres en las que se ha intervenido, desde aquella primera que protagonizó en 1960 la brigada médica que acudió a Chile para atender a damnificados del terremoto que sufrió ese país.

Las Brigadas Médicas han actuado desde entonces numerosas veces en Centroamérica y el Caribe para ayudar ante catástrofes naturales, pero también en Argelia, en Pakistán, en un total de 120 países. Eso también es internacionalismo, una muestra práctica de internacionalismo de un país pobre y acosado desde su Revolución de 1959 que no ha menguado aún en los momentos más críticos, de mayor asfixia. Todo un ejemplo para el mundo entero de un país flotante de tan solo once millones de habitantes. Fidel, como Raúl, han sabido mantener durante décadas contra viento y marea ese espíritu internacionalista que compartían desde el inicio de su gesta con el Che, con Camilo, con tantos otros.

Pero a Fidel, como máximo líder y cabeza visible del proceso cubano durante décadas, se le puede y debe criticar muchas cosas desde la izquierda. Flaco favor hacen las posiciones campistas según las cuales la izquierda no debe criticar a quien pertenece al “campo popular”, por más aberraciones que se hagan, una política con la que tantas veces en el pasado se han justificado los mayores crímenes del estalinismo. A Fidel se le debe criticar su inmovilismo e intolerancia política; el autoritarismo permanente ante las más mínimas críticas internas, resueltas siempre a base de purgas; la falta de un plan serio para conseguir la soberanía alimentaria del país; la lentitud de las reformas para que los cubanos puedan ganar en calidad de vida y dejen de soñar con irse al extranjero a consumir y consumir.

Ni siquiera el brutal bloqueo, el criminal asedio a que ha sido sometida Cuba durante seis décadas por Estados Unidos y sus numerosos cómplices justifican sin embargo ese tipo de políticas ni esos retrasos que afectan al día a día de millones de cubanos, a los que han aguantado en silencio, con dignidad,

las situaciones más duras, durante décadas. Cuba tiene que demostrar que sí lo puede hacer, aunque con Donald Trump haya una ralentización o marcha atrás en el deshielo alcanzado en el último tramo de la administración Obama. No es sólo su población que pide ese cambio, son millones y millones de personas del mundo entero que lo esperan, que quieren poder seguir defendiéndola, que quieren renovar su orgullo por la Cuba revolucionaria del Che y Fidel.

Roberto Montoya es periodista y escritor, miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

Referencias

Elizalde, R. M. y Báez, L. (2005) *El encuentro*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado